

ni a perderme él, que no», y al capitán Ristori se lo dije luego eso mismo, lo de la mierda no, y le dije: «No: yo voy a bailar como sea y, además, bien». Porque el baile, ésa es mi respiración, Hernando, como cuando me acuesto con una que me gusta fuerte, que ella se corra mucho, ésa es mi respiración. Y el baile lo mismo. O más. Así que poquito a poco lo fui ajustando a los huesos rotos y a la cojera, y lo ajusté, y a más no puedo hacer más que lo puro. Hasta lo que me viste en Madri en Las Cuevas de Nemesio, cuando salía por bulerías vendiendo el Diario de Cadi o haciendo el baile del picador, todo eso es puro aunque sea gracioso, es el baile de los cabales: el baile. Y en cuanto me emperro o me encapricho en hacer otra cosa, nada; antes tampoco, pero ahora con la falta, menos: trastabillo, o no me sale, o me se nota la cojera, o me caigo, y me ve el baile, que siempre está atrás mía, y me dice ¿qué haces, Juan? Con todo y con eso y sin perder lo puro, un dinero podía estarlo yo ganando por los teatros, pero ya las compañías no; me ven la falta y ni se fijan en que ando cojo y bailo sano, como tú dices. Ya las compañías de los teatros, pues eso, ¡Faraco el cojo!

—¡No!

Los abrazaba a los dos, uno con cada brazo, y les apretaba la cara contra la suya.

—Un entripao y ya pasó. Ya pasó, Hernando, estaba ya casi bien cuando llegué. Se le atrancaron. Trompitos de esos, garbanzos, pero de los duros, que se comió dos platos. Durmiendo la acabo de dejar, pero es verdá que estuvo malísima. Me cago en to, qué mal rato. El Jesú de Nazareno que está ahí adentro fue, ése la ha puesto buena. El Cristo de los Siglos como le digo yo. Qué mal rato.

—Te vimos —dijo el mexicano—. Tantita lástima me daba.

El gitano siguió, sin oírlo.

—Y ahora no veas el alivio grande. Con lo bien que estaba yo con ustedes allí en «La Parra»... Pero ahora el doble, qué alegría.

—Si hubiera algo abierto, a estas horas siempre viene bien. Una copa —dijo Hernando.

—Pos aquí no —habló Salvador—. Para estar bien por aquí no hace falta tomar, se ve meramente lo que hubo y lo que hay, puros años presiosos. Aunque no hubiera esta luna.

Echándole sus brazos por los hombros, el gitano los conducía ahora como hacia la puerta de la iglesia, y Hernando recordó una vez más la noche del verano anterior en que lo conoció y se hicieron amigos con cariz de para largo. Había escrito su crítica de cine en «La Voz del Sur», tiró para la Plaza del Mentidero, que andaba en fiestas, y entró en casa de Juan

Silva, donde por sorpresa, sin que él ni nadie lo supiesen, Manolo Vargas, «Pericón» y el joven Chano Lobato habían estado y cantado sendas noches antes.

Aquella otra noche, y sin cantaor, solo con la guitarra de Eugenio el de los Rizos, Juan Faraco bailaba en camisa blanca, tirantes, botines y ajustado pantalón negro, sobre una mesa grande de cocina puesta en mitad del patio. Ya al primer vistazo, hipnotizaron a Hernando el mudo y lento silabeo de los labios del hombre, como si hablara con lo que estaba haciendo, la firmeza ritual, la técnica entre el rigor y el instinto, y la imposible pero lograda aleación de drama y gracia, tragedia y juego mágicos, inseparables en el arte racial de Juan, el baile aquel creado, como el de Carmen Amaya, desde un ámbito diferente, un mundo distante y cerrado por naturaleza y no por artificio, capaz de hacerse ver, pero en el que no podía entrar nadie de fuera. Tanto impresionaron a Hernando, sobre todo esa primera vez de descubrirlos, el baile y el aura de Juan Faraco, que hasta llegó, asombrado, a preguntarse por un momento si, ya que a alguno de su edad venía ocurriéndole aquello, no le estaría también a él gustando un hombre. Pero tardó poco en discernir que no se trataba de eso, y ayudó a liquidarle la duda, del todo y en segundos, la memoria de su reciente festival en el burdel de «La Barquillera», previo difícil ahorro de los veinte duros, con cierta tristonera pero linda Concha Galán, de pechos embriagadores.

De lo que en todo momento estuvo Hernando seguro fue de que tenía que conocer enseguida a aquel gitano subido en una mesa. La amistad llegó volando, a la luz del vino y al calor del arte, en una comunicación instantánea y larga, tal si se trataran y quisieran de años. Ya de entrada, y sin otra respuesta que un caluroso estrechón de entendimiento, Hernando le preguntó a Juan cómo podía juntar bailando tragedia y gracejo, y enseguida, según hacía a cada rato sin reparar apenas en sus destinatarios, le recitó versos de los alejados Alberti y Juan Ramón, de José Luis Tejada y Neruda. Aquello, por ejemplo, del prohibido «Canto General», su último libro de cabecera:

Olegario Sepúlveda me llamo.
Soy zapatero. Estoy
cojo desde el gran terremoto...

—Vienes ispirao —dijo Juan—. Y yo, sin terremoto, lo mismo. Cojo. ¡Pero mira! —y levantó codos y manos a la altura de los hombros tensando el cuerpo y queriendo seguir la fluyente aspereza del poema, meterla en baile.

Acabaron la noche con sardinas, atún y vino frente a la lonja de frutas y verduras, en «El Escorial», un lóbrego almacén del Campo del Sur, junto al arco y la posada de Garaicoechea. El día apuntaba ya, pero volvieron a meterse en la noche, en lo oscuro, bajando allá abajo, al sotanillo del

almacén donde rígidos y silenciosos entre vetas de salitre, como faraones disecados en las honduras de su pirámide, los flamencos gaditanos supervivientes de la guerra varaban su miseria y sus saberes, cerca de la presurosa cucaracha rubia y no lejos del paso del reservado erizo de mar, la lisa mojonera y el cangrejo moro, vecinos del otro lado en la inmediata muralla de vendaval. Estaban allí los fijos del sitio y el cotarro: Miguel, un guitarrista hábil y anegado por el alcohol, de ojos lacrimosos y edad tan impredecible como su mueca entre la sonrisa y el llanto; El Peste, cantaor de buena escuela, ecos graves, diestramente suplentes de la mucha escasez de voz, y afables ademanes de señor, el poco pelo sujeto por dos horquillas a la derecha de una cabeza de longitud pavorosa, tal la de las estatuas de la Isla de Pascua, y un traje cruzado de los años veinte, la chaqueta casi hasta las rodillas; Pirriaque y Manolín, bailaor y palmero septuagenarios: el cuadro artístico completo que, por dos botellas de chiclana granel, un plato de atún y otro de pan para la reunión, rompía allí abajo su callazón salpicada de toses y, aventando las moscas de la espera y el reuma, se metía con ganas en lo suyo si aparecía quien pagara esa esperada cenadesayuno y quisiera conocer su arte, ya que nunca más iban a abrirse los viejos lugares de sus noches y sus vidas —«La Corona» y Casa Víctor, «La Jardinera» o «Los Tres Reyes»—, y que acostarse antes de las nueve de la mañana sí que hubiera sido para ellos morir del todo.

—Mira, vamos a dejarnos de vino ni de más trotes, se vais a sentar los dos aquí —dijo el gitano ante las puertas cerradas de Santa María—, aquí en el rinconcito del escalón de arriba.

—No tiene ni qué —obedeció enseguida el mexicano.

—¿Y tú no te sientas? —le preguntó Hernando a Juan.

—Yo no —respondió el gitano—. Pero no me voy.

—Bueno —dijo Hernando, y se sentó junto al mexicano.

Aunque blanco y nochero, el fulgor de la luna embalsado en el compás de Santa María lo remitía en ese momento a un fulgor muy distinto, al de la mañana de pinares y playa de La Barrosa, en Mayo, con Juan, Quico Rebull el cajista del Diario, y Paco Mateo, y la gran foto que Paco le tiró al gitano cuando se echó a bailar por la arena dura y lisa junto al oleaje, en la larga playa sin nadie, toda pulcra como uno de sus guijarros, no sentenciada aún a irse emporcando y corrompiendo de urbanizaciones y coches y plásticos y ruina. La foto, en blanco y negro, mostraba a Faraco en su acostumbrado traje negro y en una enérgica vuelta de soleá delante de la marea, pelo al viento, en alto los brazos y el cuerpo en escorzo como favoreciendo un revoloteo de la chaqueta abierta, serios los ojos puestos en la punta de la bota bien lustrada.

—Está bonita pero no hacía falta foto —dijo al verla luego—. Me inspiré con la mar porque el baile está ahí también, el bueno. No en el meneo del agua que se ve, sino más abajo. Abajo está el baile.

Y ahora, a la izquierda de las puertas de Santa María, Juan Faraco dejaba sentados en el rincón del primer escalón a Hernando y a Salvador el mexicano, como asegurándose de que ocupaban el sitio justo. Luego se quitó la chaqueta negra y la echó, plegada, en las rodillas de Hernando.

—A verla muerta llegué y lo que está es durmiendo —dijo—. Ahora fijarse en esto.

Bajó al escalón siguiente, se distanció ocho o diez pasos y levantó los brazos.

Cuesta de la Jabonería abajo, el reloj del Ayuntamiento acababa de dar las seis.

En los ratos corrientes o a gustito, a mí por lo menos no me sale, o me sale una mierda y lo dejo. Tiene que haber o mucha alegría o lo otro. Pero estar muy malamente, eso tampoco, porque si tienes una angustia grande te se van las ganas de hacer el baile y hasta las ganas de bailar. Es que son dos cosas, una es hacer lo que está ahí, el baile que hacen los demás: irlo haciendo tú el baile es otra cosa. Y en eso, quitando a la enpadescanse que era de Barcelona, en eso Cadi y Jeré. Y Triana. Date cuenta lo que te voy a decir: lo primero es lo antiguo, tenerlo tú lo antiguo siempre fijo en el cuerpo. Eso, siempre. Y ya luego, echarle al baile así de pronto un barrunto, un pie que no estaba, meterle medio contratiempo, un parón, un lamento que se ve un momentito en el baile en lugar de escucharse en el cante, algo que, luego, ni te acuerdas tú mismo muchas veces ni sabes que lo has hecho, a lo mejor hasta lo has hecho con el pensamiento más que con el cuerpo, lo mismo que le pasaba con el cante a Miguel «Pantalón»: yo lo sé que tú me entiendes, si no me entendieras cómo te iba a hablar de lo mío. Porque la gente ni se entera, coño, y alguno hasta te pone de loco: me han puesto a mí de loco, que yo lo sé, por decir que había visto o había hecho esto o lo otro y sin vino en lo alto, porque si dices que estabas borracho ya entonces no te lo critican. Pero en lo mío me entiendo yo, ¿no me voy a entender? Te cuento una cosa, a ti te se pueden contar las cosas: mi hija Juana la chica, las otras tardes en el patinillo: opá, ¿lo escuchas a Curriqui?, yo lo escuché anoche. Pero allí. Al lao del lavadero. Y yo: «Déjame, déjame, Juani», yo en una sillita baja que me llevo al patinillo porque, siempre no, pero de cuando en cuando los escucho, si no los escuchara a qué iba a sacar esa silla allí al patinillo o al cuarto del fondo. Po claro, por aquí por el barrio, y ahí en mi casa misma, estaba la rancio del flamenco de Cadi, el oro puro, encima de los moros y los romanos que, según me han dicho, también vivieron por el Pópulo y aquí por Santa Ma-

ría, como nosotros los gitanos. Pero yo a ellos no los escucho nunca, lo que escucho algunas veces es a mi gente, a los antiguos de mi raza, y a los del baile más, a Lamparilla, a Manuel Segura, a Curriqui, tú no sabes lo que fue el baile de ellos, cómo vas tú a saber. Curriqui murió muy viejo en mi misma casa, él vivió siempre ahí, y mi abuela Josefa vivía arriba. Cuando el rey, fíjate si hará años; no estaba yo ni en la barriga de mi madre. Que además, y esto lo sabe mi madre por mi abuela Josefa, Curriqui fue el que sacó el dicho ese «aquí en Andalucía se levanta el hambre antes que el día». Y en mi patinillo no está enterrao Curriqui, cómo va a estar, ni en el cuarto del fondo, estará en el cementerio, pero como él vivió tanto tiempo en esa casa y era el que era, tantas reuniones ahí mismo, tantas fiestas, cómo no va a sentirse algo por abajo o por donde sea, y cómo no va a haber ahí un eco de su baile, con lo que fue ese gitano bailando. Ahora: si es que escucho algo, donde lo escucho es en mi patinillo o en el cuarto del fondo, y una bajita de enea es la silla que cojo porque está más cerca del suelo, que algunas veces hasta pongo una oreja en el suelo. Por el patio, nada, en el patio ha habido mucho pisoteo. Pero, si oigo algo de los antiguos, es que lo oigo, no es otra cosa ni es un engreimiento mío. Y el baile y las fiestas y las voces y las peleas de los antiguos, tampoco los escucho siempre: la tranquilidad, también. Algunas veces. Y eso no es que tú no oigas cosas, ¡no, no es un silencio!: es cuando estaban bien-bien y tú estás bien-bien, que entonces ningún sinvivir te come. Ni el del baile. La tranquilidad en la calma. Pero entera. Que eso pasa poco, poquísimo, y encima se va corriendo y también llegué a verla en otro sueño la tranquilidad, la vi, una cara de mujer bonita así rubia con una trenza. Tirando a una muchacha soltera pero que tiene una niña, y vive ahí en la otra casa y se llama Nardi.

Juan Faraco se distanció ocho o diez pasos, permaneció inmóvil con los brazos muy levantados, y el mexicano y Hernando se hicieron cargo un poco de lo que iba a venir. Sólo un poco.

Como si también le correspondiesen, o nada pudiera con aquella luna llena, aún parecían surtir de su luz las claridades del alba, ópalos lentos, rosicleres, en arribo desde el extremo de la bahía. Un olor a algas, duro y fresco, subía al bajar la marea.

Daba el primer cuarto de las seis el reloj del Ayuntamiento cuando un auto madrugador, del centenar con que la ciudad de Cádiz contaría por los últimos años cuarenta, frenó en el Grupo escolar pegado a la muralla del mar junto a la Cárcel Vieja, y la luz del alba fue dejando entrever a sus ocupantes, una dama y tres marinos de uniforme, embebidos con la contemplación del hombre flaco y negrucio en mangas de camisa que, entre espaciados y cortos repiques de tacón, bailaba y bailaba por los escalos-

nes de la iglesia de Santa María, sereno y tenso a la par, majestuoso, como fuera del mundo, mientras dos muchachos, sentados allá al fondo contra las paredes de la esquina, también lo miraban sin quitarle ojo.

Fernando Quiñones

